

24 Nov. 76
17982

EL TEATRO CONTEMPORÁNEO.

UNA ALUMNA DE BACO,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON RAFAEL MARIA LIERN.

J. M. M.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1876.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

UNA ALUMNA DE BACO.

José Rodríguez

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

EN UN ACTO.

Una coincidencia alfabética.	Americanos de pega.
Un animal raro.	Pedro el Veterano.
Lo que le falta á mi marido.	El retrato de Macaria.
Al borde del precipicio.	¡El demonio de los Bufos!!!
Dos y tres... dos.	La comedianta Rufina.
Aurora de libertad.	El impuesto de guerra.
Una casa de fieras.	Dos cómicos de provincias.
¡El mundo en un armario!!	¡Viva la Paz!
La venida del Mesías.	Carraeuca!!!
Un Milord de Ciempozuelos.	Una alumna de Baco.

EN DOS ACTOS.

Una conversion en diez minutos.	¡El Teatro en 1870!!
Un liberal como hay muchos.	El príncipe Lila.
El Can-cán.-¡Atrás, paisano!	Satanás II.
Setiembre del 68 y Abril del 69.	El Diamante negro.

EN TRES ACTOS.

La Almoneda del diablo.	Desde Céres á Flora.
La paloma azul.	Los amores del diablo.
La espada de Satanás.	Vivir al día.
El laurel de plata.	Azulina, zarzuela.
La azucena del prado, zarzuela. ⁴	

PIEZAS BILINGÜES.

De femater á lacayo.	Zapatero... á tus zapatos.
Les eleccions d'un poblet.	L'agüelo Patillagroga.
Un rato en l'hort del Santissim.	Nubolaeta d'estiu. ⁴
En les festes d'un carrer.	Carraeuca!!!
La mona de Pascua.	La comedianta Rufina.
La flor del cami del Grau.	El que fuig de Deu...
La toma de Tetuan; ² zarzuela.	Adan y Eva en Burchasot.
Dos pichones del Turia, ³ zarzuela.	Doña Juana Tenorio.
La cotorra d'Alacuas.	Arros en fesols y naps.
Telémaco en l'Albufera, parodia.	Dos Adans contra un aserp.
Una broma de Sabó.	La ocasio la pintan calva.
Una paella.	Volantins en Chirivella.
Un doctor de secá.	Chavaloyes.

1 Música de D. Joaquin Miró. 2 Id. Id. 3 Música de D. F. A. Barbieri. 4 Id. del Sr. Nieto.

58-6

UNA ALUMNA DE BACO,

JUQUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON RAFAEL MARIA LIERN.

Estrenado con gran aplauso en el Teatro ESPAÑOL de Madrid en Abril
de 1875.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO 18.

1876.

PERSONAJES.

ACTORES.

PEPITA.....	DOÑA MERCEDES GARCÍA.
LUIS.....	DON MANUEL PASTRANA.
PERICO.....	DON JULIAN ROMEA.
EL SEÑOR JOSÉ.....	DON GABRIEL CASTILLA.

La accion en Madrid.—Época actual.

La propiedad de esta obra pertenece á D. José María Moles, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los corresponsales de la Galeria dramática titulada *El Teatro Contemporáneo*, que administra D. Eduardo Hidalgo, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

Reg. no 453 lib. 27

ACTO ÚNICO.

Sala bastante bien amueblada; puerta al foro. Otras laterales en segundo término. En el primer término de la derecha, chimenea con espejo. Á la izquierda, velador; sobre él un copero con una botella de rom. Entre el velador y el muro, una espuerta de botellas; un sillón próximo á la chimenea; mesa con recado de escribir; algunos cuadros; una cómoda.

ESCENA PRIMERA.

PEPITA, por el foro, despues de haber hablado dentro las primeras frases de un monólogo.

PEPITA. (Dentro.) No se incomode usted, señor José... Muchas gracias. He tomado yo misma la llave del cuarto de don Luis. (Sale por el fondo trayendo ropa planchada en una gran bandeja de mimbres.) No parece portero ese hombre. Consta con una amabilidad... Me alegro de que don Luis no esté en casa... Con eso aprovecharé la ocasion... (Dirige una mirada al copero.) Voy á dejarle aquí la ropa. (Va á dejarle la ropa sobre la cómoda.) Pobre don Luis! Él no está muy sobrado que digamos! Por eso le plancho yo tan barato. Verdad es que tengo mis razones particulares para ello. Pues señor, ya que afortunadamente estoy sola, aprovecharé la ocasion. Esta botella de rom, es,

digámoslo así, el almacén de donde me surto. ¡Qué bien huele! (Saca del bolsillo una botellita y la llena de rom de la botella que hay sobre el velador.) Esto es... Lo ménos me llevo tres copas... (Luis tararea dentro cualquier aire conociendo.) Ay, don Luis! disimulo.

ESCENA II.

LUIS, PEPITA.

- LUIS. Hola, vecinita, usted por aquí?
- PEPITA. He venido á traerle á usted la ropa... Quiere usted la cuenta?
- LUIS. Qué la debo á usted?
- PEPITA. Tres perros grandes y seis chicos.
- LUIS. Con esa trahilla ya podíamos ir de caza. Tome usted. (Le da una moneda.)
- PEPITA. Sobra dinero.
- LUIS. Vaya, para cuando falte. Estamos en paz. Y cuente usted con mi proteccion... Voy á traerla á usted cincuenta parroquianos por lo ménos.
- PEPITA. (Me va á arruinar.)
- LUIS. Y desde mañana empezará usted á plancharle á Perico, á ese muchacho que vive conmigo desde ayer. Y entre paréntesis, cuándo hacemos su retrato de usted?
- PEPITA. Cuando usted quiera.
- LUIS. Ahora mismo.
- PEPITA. No, ahora no. (Con rapidez.)
- LUIS. Por qué? Ah, ya. Quiere usted ponerse aquellos rizos largos... me limitaré á borrar el busto, y otro dia copiaré los tirabuzones. Andando.
- PEPITA. No, de ninguna manera. Hoy es imposible. Tengo mucho que hacer.
- LUIS. Lo dejaremos para mañana.
- PEPITA. Ó pasado. (Con intencion.) Segun venga el tiempo.
- LUIS. Qué contento estoy de vivir en la misma casa que usted.
- PEPITA. Lo mismo me sucede á mí.
- LUIS. (Qué guapa es!)

PEPITA. (Es lo más cariñoso...)

ESCENA III.

DICHOS y PERICO, que llega también cantuseando.

PERICO. Hola! Tableau Venus y Marte y... (Hasta ahora no han visto á Perico. Al verlo se retiran.)

LUIS. Perico!

PERICO. Eso es, y Perico. Por mí no hay que incomodarse; si gan ustedes...

PEPITA. (Algo afligida.) Qué?

PERICO. Yo me entretendré viendo los cuadros... (Tararea haciéndose el disimulado.)

LUIS. Pero chico...

PERICO. Soy lo más torpe! He debido toser ántes de entrar, verdad? (Tararea haciéndose el disimulado.)

LUIS. Hombre, no la obliques á bajar los ojos cuando no hay motivo para ello.

PERICO. Bien sabe Dios que no he tenido intencion de ofenderla.

LUIS. Despues que consiente en ser tu planchadora.

PERICO. (Con alegría.) Sí?

LUIS. Te gusta, eh? Verás qué manos! Qué brillo en las pecheras!

PERICO. Procuraré arrugarme todo lo posible para que me planche usted muy á menudo, vecinita.

PEPITA. Es que tengo ya tantos parroquianos... que no sé...

PERICO. Mucho trabaja usted, esa es la verdad.

LUIS. Con eso tendrá una hucha así!...

PEPITA. Dos mil reales tenía en la caja de ahorros...

LUIS. Y qué, no los tiene usted ya?

PEPITA. No quiero decir tanto.

LUIS. Como ha dicho usted «tenía...»

PERICO. Y tenía, tratándose de esto, (Accion de dinero.) es igual á «volaron.»

LUIS. Qué ha hecho usted de ese dinero, picaruela?

PEPITA. Pues nada... nada...

- LUIS. Ay, ay, ay! Usted tiene algun pecadillo...
- PEPITA. Yo?
- LUIS. Venial, por supuesto. Quién no los tiene?
- PERICO. Todos tenemos alguno, hasta la cocinera. Yo lo he descubierto.
- PEPITA. Sí?
- LUIS. Cuál es su pecado venial?
- PERICO. Un cabo de gastadores.
- PEPITA. Vaya, vaya, no me gustan esas bromas. (Yendo á coger su cesto.)
- LUIS. Tiene razon la muchacha.
- PERICO. Pero si la cocinera tiene aficion al ejército... qué le hemos de hacer?
- PEPITA. Y dale!
- LUIS. (Es particular como disminuye esta botella.)
- PEPITA. (Adios, va á conocer la sisa.) Hasta luégo, señores, ¿verdad?
- LUIS. Cómo tan pronto? Se ha incomodado usted con Perico?
- PEPITA. No, no es eso. Adios, hasta la vista.
- PERICO. Mire usted que ha sido una broma, un pecado venial inventado por mí. Absuévame usted de la mentrilla.
- PEPITA. Despues de que cumpla usted una penitencia.
- PERICO. Cuál?
- PEPITA. La de pasar un rato sin verme.

ESCENA IV.

LUIS y PERICO.

- LUIS. Lo ves? Has ofendido con tus bromas á la pobre chica. Tú no quieres creer que es una santa.
- PERICO. Ay, ay, ay! Tú estás enamorado de la planchadora!
- LUIS. Yo? Qué tontería! Lá quiero muchísimo porque en mi última enfermedad me ha asistido la pobre como hubiera podido hacerlo la madre más cariñosa.
- PERICO. Es buena enfermera?
- LUIS. Muy solícita.
- PERICO. Mejor te habría yo asistido si hubiera estado aquí.
- LUIS. Es natural, un estudiante de medicina!...

- PERICO. Con qué gusto te hubiera aplicado seis docenas de sanguijuelas! Te hubieran probado mucho. Son unos bichos excelentes. Á mí no me gustan porque me hacen cosquillas; como soy tan nervioso...
- LUIS. Á Pepita y al señor José el portero debo mi curacion.
- PERICO. Es la flor de los porteros.
- LUIS. Y su mujer es tambien tan caritativa. Conqué resignacion ha sufrido la pobre las extravagancias de mis delirios!
- PERICO. Delirabas, eh?
- LUIS. Sí, he tenido una calentura horrible. No ves que el origen de mi enfermedad ha sido el disgusto de reñir con Clemencia.
- PERICO. Tu novia de Cádiz?
- LUIS. Justo, la que se ha casado con un marino sin decirme una palabra.
- PERICO. Qué mujeres!
- LUIS. Yo, delirando, confundía á la portera con Clemencia.
- PERICO. Muy malo debías estar!
- LUIS. Mucho. Y le daba unas jaquecas... «Vida mia, amor de mi alma.»
- PERICO. Cuándo se verá en otra la portera!
- LUIS. (Cuidado que es disminuir. Será mosquito el ciudadano este!) Dí, Perico.
- PERICO. Qué quieres?
- LUIS. (Aludiendo á la botella.) Qué tal, eh?
- PERICO. Hombre, yo me siento bien. Gracias; por qué lo dices?
- LUIS. Sí, hazte el lila.
- PERICO. Yo...
- LUIS. Parece que te gusta el rom.
- PERICO. Lo detesto. Cuando lo bebo es por compromiso.
- LUIS. Te veo!
- PERICO. Es un licor que me ataca á los nervios!
- LUIS. Con franqueza. No le has dado ningun asalto á la botella esta?
- PERICO. No, mi palabra. Qué, sigue disminuyendo?
- LUIS. Dedo y medio por hora.

- PERICO. Cosa más particular!
- LUIS. Lo más particular es que me han burlado una botella.
- PERICO. Entera?
- LUIS. Y lacrada.
- PERICO. Como no sea el portero!...
- LUIS. Si el pobre está en la cama hace cuatro dias.
- PERICO. En la cama? Voy á ponerle seis docenas de sanguijuelas.
- LUIS. Qué monomanía!
- PERICO. Ah! será la portera la que... (Accion de beber.)
- LUIS. Cá!
- PERICO. Entónces, no puede ser más que Pepita, tu planchadora.
- LUIS. Qué barbaridad! Pobre chica!
- PERICO. El vicio del rom se va extendiendo. Desde que hay tantos bailes por la tarde... Como se suda mucho y el agua es mala... los médicos recomiendan... unas gotas de rom. Y el rom es como las cerezas. Una gota, dos, tres, una copa y luégo la botella.
- LUIS. Bah, bah! no desvaríes.
- PERICO. Hay mujeres de aquí... (Accion de beber.) Créeme, Luis.
- LUIS. Cá! No seas tonto, Perico!
- PERICO. Cómo cá! Tú desconoces la historia. Pues Lucrecia Borgia se atizaba sus cinco botellas en cada comida, y á pesar de la oposicion del duque.
- LUIS. Déjame de sandeces. (Daría cualquier cosa por saber quién se lo bebe. Y el bebedor es flojo!)

ESCENA V.

DICHOS y el SR. JOSÉ.

- JOSE. Á la paz de Dios, señores.
- LUIS. Hola, señor José!
- PERICO. Señor José!
- JOSE. Hola, señor Perico.
- PERICO. Llámeme usted don Pedro. Cuidado que es vicio.
- JOSE. Pues aquí venía á darles á ustedes... un par de escobazos...

- PERICO. Demonio!
- LUIS. Al cuarto, querrá usted decir!
- JOSE. Eso es, que no iba yo á faltarles á dos caballeros como ustedes, aunque sea escortesía.
- PERICO. Y qué ha tenido usted?
- LUIS. Constipado?
- JOSE. No señó. Dice er méico que ha sido... una calentura *elástica*.
- PERICO. Gástrica.
- JOSE. Una cosa así... Caliente, muy caliente, como si tuviera en el *estógamo* seis litros y un kilómetro de *pitrólico* endendío.
- LUIS. Aprieta!
- JOSE. Así es que tres días sin tomar más que limoná grasiosa, leche de burras, canchadelagua, zarza é la parrilla, malva del bisco, horchata de armendras durse y toos los refrescantes más frescos que se conocen pa refrescá á la presonas...
- LUIS. (Entónces no es él.)
- PERICO. (Ya lo ves.)
- JOSE. Y á no ser porque mi mujé me ha cuidado como á un párvulo... Y eso que la probe está enferma é dolores...
- PERICO. Dónde?
- JOSE. En su cuarto. Si no pué salir.
- PERICO. Si pregunto que adónde tiene los dolores.
- JOSE. En tóo su cuerpo, aunque sea escortesía. (Perico habla aparte con Luis.) Ay, qué fatigas pasa un hombre cuando es jóven entavía y su mujer está enferma! Ay, probecilla Juana é mis entrañas, con tanto como nos queremos. Como que hemos sío novios ende chavales. Ya jase un rato.
- LUIS. (Á Perico.) (Tienes razon. Vamos á hacer la prueba.) No hay que apurarse, señor José... Esta vida se ha de pasar á tragos. Tome usted una copita de rom; esto conforta á los convalecientes.
- JOSE. Yo probar eso? Ni agua, aunque me esté mal el decirlo. El facultativo me ha dicho que no pruebe las bebidas

- espirituvinosas.
- PERICO. Espirituosas!
- JOSE. Lo mismo da.
- LUIS. Bien, pero no siendo más que una copa...
- JOSE. Se estima, pero ni olerlo!
- LUIS. (Pues señor, decididamente no es él.)
- PERICO. (No se lo dije?)
- LUIS. (Entónces quién se bebe el rom.)
- PERICO. Acuérdate de Lucrecia Borgia.
- LUIS. Bah! Vete á paseo! (Váse por la derecha.)
- PERICO. Limpie usted pronto el cuarto, señor José, que tenemos que trabajar ahora mismo. (Váse izquierda.)
- JOSE. En un periquete. Vaya usted con Dios.

ESCENA VI.

EL SR. JOSÉ y á poco PEPITA.

- JOSE. Estaba por dejar de barrer... Si no he visto gente más limpia. Sopas se puen comer en los ladrillos. Er caso es que hablando de mi enfermedad se me orvió dar á don Luis esta esquila que han dejado en la portería no sé er tiempo que jase... Yo no he tenío prisa, como viene abierta y está impresa... es una esquila de esas que dicen doña... y don participan á usted su efertuado enlace y le ofrecen... la casa... Si á lo ménos ofrecieran otra cosa... Bah! la pondré aquí en la chimenea, y ya la verá don Luis cuando la encuentre.

ESCENA VII.

EL SR. JOSÉ, PEPITA.

- PEPITA. Don Luis, aquí tiene usted los cuellos que faltaban. Qué, no está aquí?
- JOSE. Qué ha de estar aquí, salero? Ay, con qué fatigas está usted queriendo á ese mozo!
- PEPITA. Vaya!
- JOSE. Ende que yo ví lo que usted jiso cuando don Luis estu-

- vo enfermo, dije: chalaita está por sus peasos, pero chala der tío.
- PEPITA. Silencio, señor José! Olvida usted que me ha prometido callar?
- JOSE. Y güervo á prometerlo. El señor José no farta nunca á su palabra. Algunos podrán decir: El señó José es un animal, un melon. Ó bien el señó José es un hombre de ideas políticas muy javansá... ú jase esto y jase lo otro y lo é más allá, vamos ar desir... pero lo que no dirá naide es que el señó José le saca á relusir los trapos á una planchadora.
- PEPITA. Eso es lo que yo quiero.
- JOSE. Misté, doña Pepita, yo sé que er casero es un ladron más agarrao que er mesmo Judas... y que tiene su encalamillo con la costurera del corredor... y sé que el inquilino der tercero se ve con la mujer del capitan del prinsipá de la izquierda, y que er capitan del prinsipal de la izquierda le jabla á la inquilina del entresuelo, y que no hay en toa la casa quien no tenga su peazo de pan y algo por qué callar. Pos digasté si yo se lo cuento á naide... Yo... mi boca es un cerrojo que no se abre ni con un saco de moneas é cinco duros... á mi no se me gana por dinero. Ansí no hay quien me tome en er mundo. Yo soy insorrocutable!
- PEPITA. Ya lo voy conociendo.
- JOSE. Conque yo me voy á la portería, aunque me esté mal el decirlo... que tengo enferma á mi mujercita. Hasta luégo.
- PAPITA. Adios, y ni una palabra!
- JOSE. Viva usted segura, que lo mismo soy yo para un fregao que pa un barrio, y si no la prueba. No he jecho más que así y he dejao el cuarto como estaba. (Váse.)

ESCENA VIII.

PEPITA sola.

Qué les parece á ustedes el tal don Luis! El mosquita

muerta. Decir que todos tenemos un pecadillo venial! La verdad es que tiene razon. Yo tengo uno. El ser coqueta; pero la culpa es suya. Trato de embellecerme para gustarle. Y sobre todo para hacerle olvidar á esa pícara Clemencia, á quien tanto ha querido. Y por qué no? Tengo buenos ojos... la boca chiquitina... El cabello es lo único que me falta. Y á don Luis es precisamente el cabello lo que más le gusta. Mucho pelo se me ha caido, pero afortunadamente mucho sale tambien. Desde que por consejo del médico mezclo la pomada con rom, oh! yo no sabía que el rom fortalecía el pelo de tal modo. Calla! una media copita. Voy á darme una friccionecita con rom puro. (Se echa unas gotas de rom en las manos y se frota el pelo como se hace con la pomada.) Si mezclado es bueno, solo será mejor. Y qué bien huele! Debe ser caro este rom! (Está oliendo la copa.)

ESCENA IX.

D. LUIS y PEPITA.

- LUIS. (Sorprendido.) Ah!
- PEPITA. Ah! (Llevando velozmente la copa al velador.) (Me cogió!)
- LUIS. (Es ella la que se bebe el rom! Quién lo hubiera creido? Disimulemos.) Qué está usted haciendo, vecinita?
- PEPITA. (Turbada.) Yo? Nada... Había venido á traerle á usted estos cuellos.
- LUIS. Y los dejaba usted sobre el velador para que se mancháran?
- PEPITA. No, si es que como está descosida la tirilla... (La descose ella misma.) Ve usted cómo se descose; la estaba componiendo.
- LUIS. Es un nuevo sistema de recomposicion. (Rie.)
- PEPITA. Y buscando hilos y aguja...
- LUIS. En la chimenea!
- PEPITA. Jesús, qué cabeza! El caso es que tengo de todo en el bolsillo. Mire usted hilo, aguja y dedal. Verá usted qué pronto está cosida. (Se sienta y quiere enhebrar la aguja sin

- LUIS. (Pobre muchacha! Qué vicio tan feo!) Pero qué agitación tiene usted. (Se ha colocado detrás de ella.)
- PEPITA. Con el deseo de arreglarlos muy pronto...
- LUIS. (Jesús, si apesta á rom esta criatura! No hay duda, es ella.)
- PEPITA. (Si me ha visto soy perdida.) (D. Luis ha ido á la puerta y llamado cautelosamente á Perico, que sale de puntillas, obligado á ello por los gestos de Luis.) (Dónde estará; no me atrevo á volver la cabeza.)

ESCENA X.

DICHOS y PERICO.

- PERICO. Qué hay?
- LUIS. Chist! Es ella, ella la que... (Accion de beber.)
- PERICO. No te lo dije?
- LUIS. Huele, huele y verás. (Luis le ha conducido de la mano hasta colocarle en posicion de poder oler el cabello de Pepita.)
- PERICO. (Con mucha voz.) Jesús, qué peste!
- PEPITA. Ay! Qué susto me ha dado usted!
- PERICO. Se puede cortar la atmósfera materialmente!
- PEPITA. Qué le ha dado á este hombre! Já! já! já!
- LUIS. (Mírala qué encarnada!)
- PERICO. Y estúpida la sonrisa! Todos los síntomas! Ay, Pepa, Pepa!
- PEPITA. Qué?
- PERICO. No digo más por ahora.
- PEPITA. Usted se entenderá! Pícara aguja! No puedo enhebrarla. (Ha querido en vano enhebrar la aguja.)
- LUIS. Quiere usted que la ayude?
- PEPITA. Con mucho gusto.
- LUIS. Si esto es lo más sencillo...
- PEPITA. Dónde he puesto yo el dedal. Ha visto usted mi dedal?
- LUIS. Yo no.
- PEPITA. Y usted lo ha visto?
- PERICO. Tampoco.

- PEPITA. Pues yo le he sacado del bolsillo y lo he tenido aquí. Cómo tengo la cabeza!
- PERICO. (Figúrese usted. Los traspies del entendimiento!)
- LUIS. Ya está; cuando le dije á usted que esto es lo más sencillo... (Le da la aguja enhebrada.)
- PEPITA. Para el que tiene la vista clara, sí señor.
- LUIS. (Empieza á confesarlo.)
- PERICO. Y esto, chico, cuándo lo han traído?
- LUIS. Qué es eso?
- PERICO. Esta tarjeta. (Tomando de la chimenea lo que dejó el Sr. José.)
- LUIS. No lo sé! De quién es?
- PERICO. (Leyendo.) «Don Manuel Pradoverde y doña Clemencia »Salazar participan á usted su efectuado enlace.»
- LUIS. Si eso es una vejez. :
- PERICO. Pero esta es tu novia. Esa por cuya culpa has estado enfermo?
- LUIS. Sí, hombre, sí. Y que me importa que se haya casado, me he curado radicalmente de ese amor. Que sean muy felices y Dios le dé mucha prole. (Rie.)
- PERICO. Conque no lo sientes!
- LUIS. Ni esto. (Pepita lo ha escuchado con marcado interés y alegría.)
- PEPITA. (Qué felicidad! Aún tengo esperanza de que me ame.) Ea, hoy no se trabaja. Allá va el cuello y allá va la aguja. Que trabajen los pobres, que yo soy rica.
- PERICO. (Ay, por donde le ha dado ahora la tormenta!)
- LUIS. (Qué es esto?)
- PEPITA. Y si me apuran, no cojo la plancha en toda la semana.
- LUIS. Pero qué tiene usted, Pepita?
- PEPITA. Una alegría que me rebosa por todos los poros. Tengo ganas de divertirme, de saltar, de correr, de bailar... Usted baila?
- LUIS. Yo?
- PEPITA. Y usted?
- PERICO. Qué guasa tiene! Arsa pilili!
- PEPITA. Usted polka, usted vals? Yo sé de todo. Ande usted, ande usted, alguna vez se ha de empezar. Talará... (Tara-

- rea y hace bailar á Luis á pesar suyo.)
- LUIS. Qué me voy á caer redondo!
- PERICO. Sigue, sigue. Yo tocaré el piano. (Fingiéndolo tocar sobre el velador. Cantusea un vals.)
- PEPITA. Mas de prisa!
- LUIS. Que me caigo!
- PEPITA. Qué poca cosa es este hombre!
- LUIS. Ay! (Cae sobre una silla.)
- PEPITA. Venga usted. (Á Perico.)
- PERICO. Andando y siga la broma. Toca tú, Luis!
- LUIS. Sí... pues... talará. (Cantusea y bailan los otros.)
- PEPITA. Siga, siga.
- PERICO. Vals de dos tiempos.
- PEPITA. No sea usted loco, que vamos á caer.
- PERICO. Ya me inspiro, ya me inspiro. Toca un can-cán.
- PEPITA. No, eso no!
- PERICO. Un can-cán, por lo más alto.
- PEPITA. Cuando digo que no... (Se suelta de Perico.)
- PERICO. Huff! (Cae en una silla.) Jesús, cómo sudo!
- PEPITA. Dos víctimas! dos víctimas. Oh! qué juventud tan desmoronada. Hoy es día de orgía. Quieren ustedes que comamos en la fonda, y desde allí nos vamos al teatro y luego á los andaluces? Ay que cara pone usted. (Á Don Luis) Tiene usted miedo, joven pudoroso? Á bien que Perico... usted es de los míos. También se ruboriza usted? Por vida... Hasta luego. Adios, señores. En marcha. (Tararea un rigodon y hace mutis á paso de can-cán.) Me voy á tomar el aire, que bien lo necesito.

ESCENA XI.

LUIS y PERICO.

- LUIS. Conque alumna de Baco!
- PERICO. Jornalera de las viñas del Señor. (Rie.) Es gracioso.
- LUIS. Tú le encuentras gracia á todo eso? Yo no.
- PERICO. Y suelen tener mucha gracia. Yo he conocido una que cuando la tomaba se ponía á trabajar en el trapecio.

- LUIS. Ese es un vicio repulsivo y degradante. En la mujer sobre todo. Buena vejez la espera á esa pobre chica! V bien prematura.
- PERICO. Con la nariz más encarnada que una guinda, y los ojillos malos y una voz de cantador flamenco. Ay, ay, ay!
(Entonando unas seguidillas.)
- LUIS. Bonito cuadro!
- PERICO. Cómo estaría Lucrecia en sus últimos tiempos!
- LUIS. Quieres no marearme más!

ESCENA XII.

DICHOS y el SR. JOSÉ.

- JOSE. Olé, salero! Cuando yo digo señá Pepita que es usted una presona é gracia.
- LUIS. Viene hablando de ella el portero!
- JOSE. (Saliendo.) Valiente jembra. No sería más güena aunque hubiera nació en San Bernardo.
- PERICO. De quién habla usted?
- JOSE. É la señorita Pepa. Ay, si yo tuviese veinticinco años!
- LUIS. Pero qué es eso? Qué ha pasado?
- JOSE. Casí ná. Que estaba yo en la escalera reflexionando sobre el porvenir de la literatura española; cuando pasa esa niña diciendo: «bendito sea Dios y qué alegría tengo tan grande;» y me agarra así... (Se vuelve y sin querer abraza fuertemente á D. Luis.)
- LUIS. Ay! que me estrangula usted.
- PERICO. Ha tenido gracia!
- JOSE. Que si la ha tenido! y como si lo viera, no me ha dao un beso porque no estoy afeitao.
- LUIS. (Abrazar al portero. Ya le tengo rabia á este hombre.) Qué venía usted á hacer aquí?
- JOSE. Venía á limpiarles á ustés la arcoba, aunque sea escortesía.
- LUIS. Pues andando. Oye tú, Perico. (Se pone á hablar en secreto.)

- JOSE. (Vamos, que se me andan á mí los remordimientos por salva sea la parte, (El corazón.) como si me arañaran seis docenas de cangrejos vivos. Robarle una botella de rom á un caballero como ese, otro caballero como yo; verdá es que en er pecao he llevao la penitencia; porque he pasao una enritacion, que ni las fragua é Vulcano! Yo se lo voy á desir pa que me perdone.) Señor don Luis?
- LUIS. Aún no se ha marchado usted?
- JOSE. Aunque me esté mal er decirlo, yo tengo que jaserle á usted una confianza.
- LUIS. (Dios me dará paciencia.) Qué hay?
- JOSE. Es una cosa muy delicá, que se refiere con relacion relativamente á esas boteyas de rom...
- LUIS. (Con cierto interés.) Qué?
- JOSE. Osté habrá notado que esas *boteyas* no se parecen á los años, que cada vez hay uno más.
- LUIS. Lo que hay es una ménos.
- JOSE. En eso estamos. Pos miste, señor don Luis, aunque me dé mucha é la vergüenza er decirlo, la persona que ha llevao...
- LUIS. Silencio. Lo sé todo.
- JOSE. Qué?
- LUIS. (Irritado.) Que lo sé todo... y usted miente.
- JOSE. Yo digo la chipé.
- LUIS. La verdad es que lo voy á triturar si revela á nadie ese secreto.
- JOSE. (Chiflati.) Digasté, señó Perico.
- PERICO. Llámeme usted don Pedro, hombre.
- JOSE. Está bien.
- LUIS. Lo ha oido usted? Pepita está completamente inocente.
- JOSE. (Ya lo creo. Si fuera culpable no estaría yo tomando leche é burras.)
- LUIS. Y si ha tomado la plarchadora la botella esa, ha sido con permiso mio, está usted?
- PERICO. Eso es, autorizada por nosotros.
- JOSE. Está bien, señor Perico.
- PERICO. Llámeme usted don Pedro.

- JOSE. Don Pedro... (Ah! conque la chica tambien lo gasta. Por aqui que no peco... Y yo que iba á confesarlo todo. Qué animá.)
- LUIS. Tome usted un duro, con tal de que no descubra usted el estado en que acaba de ver á esa planchadora.
- JOSE. (Alarmado.) El estado?
- LUIS. Cuando lo del abrazo!
- JOSE. Ah! pos jágase usted cuenta que me la han cosío á má-quina. (Marchándose.) (Conque un duro encima? Mañana trinco dos botellas.) (Váse.)

ESCENA XIII.

LUIS y PERICO.

- LUIS. Á que ya no descose los labios?
- PERICO. No le conoces. Mañana sabe toda la vecindad que Pepita tiene ese vicio.
- LUIS. ¿Y qué hacer para evitarlo?
- PERICO. Desde luégo esconder estas botellas.
- LUIS. No basta con eso. Si tiene arraigado el vicio, gastará en rom lo que gane planchando. En eso habrá gastado los dos mil reales que tenía en la caja de ahorros.
- PERICO. Será posible?
- LUIS. Ahí tienes su pecado venial.
- PERICO. Pues cómo serán los mortales, santa Tecla!
- LUIS. Cien duros en medias copas!
- PERICO. Matar es!
- LUIS. ¿Qué haríamos para traerla al buen camino? Ah, ya sé, voy á presentarle la embriaguez en su más repugnante... Me voy á emborrachar...
- PERICO. Tú?
- LUIS. Yo! Te acuerdas de Sullivan?
- PERICO. Cá, ya no hay quien la haga bien.
- LUIS. Dame esas botellas.
- PERICO. Emborracharte tú?... Ni pensarlo. Eso te envilecería á mis ojos.
- LUIS. Que me des las botellas digo.

PERICO. De ningun modo. Mira. Pepita viene.

LUIS. Ah!

PERICO. (Peor que la enfermedad sería el remedio.) (Váse por la izquierda, llevándose el cesto de las botellas.)

ESCENA XIV.

LUIS y PEPITA.

LUIS. Y sin embargo, hubiera sido el medio mejor.

PEPITA. Da usted su permiso?

LUIS. Ah! una botella de rom vacía. Fingiré que me he emborrachado. (Bebe.)

PEPITA. Se puede entrar?

LUIS. Adelante! Já, já! (Con la botella en la boca.)

PEPITA. Venía á decirle... Qué? Bebe usted el rom de esa manera?

LUIS. Já já! No haga usted caso, estoy refrescando.

PEPITA. (Dios mio! En qué estado se encuentra!)

LUIS. Vamos, que usted lo chifla de lo lindo!

PEPITA. Yo?

LUIS. Y no contenta con vaciarme alguna copita, me suprime usted botellas enteras.

PEPITA. Conque ha podido usted creer?...

LUIS. Y qué mal hay en ello?

PEPITA. (Rompiendo á llorar.) (Dios mio, qué horrible equivocacion! Se me confunde con las mujeres más degradadas!)

LUIS. (Llora! Qué es esto?)

PEPITA. Suponerme capaz de un vicio tan humillante!

LUIS. Pepa, Pepa, qué tiene usted?

PEPITA. Madre mia! (Llorando con verdadera amargura.)

LUIS. Consuélese usted por Dios! (He sido un necio...) Qué, ¿no es usted la que se llevaba el rom?

PEPITA. Sí señor, yo he sido; pero hacía de él un uso muy distinto del que usted ha pensado... y se lo confesaré á usted todo.

LUIS. Sí, hable usted.

PEPITA. Soy incapaz de mentir. Esta mañana mismo he llenado

este frasquito, con parte del licor que había en esta botella, para... para...

LUIS. Para qué?

PEPITA. Si no sé cómo decirlo... Desde que somos vecinos, sin darme yo cuenta de ello, he sentido por usted un afecto grande, muy grande. Á poco de estar aquí, tuvo usted la desgracia de caer enfermo, y yo me hubiera muerto si usted no se hubiera curado!... (Llora.)

LUIS. En qué grosería me ha hecho incurrir ese animal!

ESCENA XV.

DICHOS y PERICO, muy colorado y completamente borracho.

PERICO. Ese animal debo ser yo, presente!

LUIS. Jesús, cómo viene! (Conociendo que está ébrio.)

PERICO. Por mí, paso. En esa parte soy inglés. Créame usted! Pepita. La embriaguez envilece á la humanidad. Y soy propagandista acérrimo de la templanza...

LUIS. Quieres callarte?

PERICO. Lucrecia Borgia... sin embargo...

LUIS. (Hemos sido unos necios. Cállate. No está bebida.)

PERICO. Quién? Lucrecia?

LUIS. No, Pepita.

PERICO. Pepita Borgia?

LUIS. No, no, nuestra planchadora Pepita.

PERICO. Ah! Pepita. (Recordando algo.) Pepita no es una planchadora, es un ángel, un serafín, una santa.

LUIS. Esa es la frase. Perdone usted mi grosera suposición. (De rodillas á los piés de Pepita.)

PEPITA. Oh! Levántese usted!

PERICO. No, no te levantes. Á ese ángel le debes la vida; aquellos dos mil reales no se han gastado en copas.

PEPITA. Calle usted por Dios. (Á Perico.)

PERICO. Se han gastado en pagar por tí, médico y botica.

LUIS. Qué estás diciendo?

PEPITA. No le crea usted... no sabe lo que se dice.

PERICO. El señor José me lo ha contado todo...

ESCENA ÚLTIMA.

DICHO, y el SEÑOR JOSÉ.

JOSÉ. (Llorando y completamente borracho.) Sí, pero yo, yo soy inocente.

PERICO. Otro tieso! La turca equis!

JOSÉ. No soy yo quien ha jablao, sino el que tengo den tro.

PERICO. Qué papalina tiene. (Se rie.)

JOSÉ. Y sepa usted ya, que ántes no me lo dejó decir, que yo fui quien le afané aquella botella...

LUIS. Usted?

JOSÉ. Carilla me ha costado, veinticuatro reales é leche é burras!

PERICO. Qué orejas va usté á echar.

JOSÉ. Esa es la verdad. Ahora que me ajorquen.

LUIS. Pobre Pepita!

PEPITA. Sí; pero yo le he quitado tambien rom.

JOSÉ. Un deito... Y eso pa mezclalos con la pomá, pa melesina... porque con tantas noches de no dormir cuidando á usted, se le ha debilitao el cabello, y empezaba á caerse! Qué mujer! Qué corazon! esa es una de las mujeres de quien nos habla la Biblia!

LUIS. Cómo pagar tanta abnegacion! (Abre un cajon.)

PEPITA. Qué va usted á hacer?

JOSÉ. Una mujer así parte los corazones! Estoy llorando como un chiquillo.

PERICO. José?

JOSÉ. Don Pedro.

PERICO. Qué papalina tiene usted!

JOSÉ. Pos la de usted es menúa!

PERICO. Se me conoce mucho?

JOSÉ. Mucho, don Pedro.

PERICO. Llámame Perico, hombre... Todos semos hermanos. Háblame de tú. (Da un traspies.)

JOSÉ. Si? Ponte tieso, tunante. Já, já! (Se sientan.)

LUIS. Ya sabe usted que soy dibujante. Mi fortuna, mis lápi-

ces, mi escaso talento y una casita en Valdemoro, embellecida con la existencia de mi adorada madre.

PEPITA. No tiene más hijo que usted?

LUIS. Nada más. «Una hija es la que me falta,» está diciendo la pobre á todas horas. Quiere usted serlo?

PEPITA. Con alma y vida. (Se agarran de las manos.)

LUIS. Oh! Gracias!

JOSE. Te digo que ha dicho en Valdemoro.

PERICO. Ha dicho en Pinto.

PEPITA. No es fingida esa embriaguez?

LUIS. No: esos están entre Pinto y Valdemoro.

PEPITA. Pobrecillos! Qué vicio tan feo! Y usted me lo atribuyó!

LUIS. Bien puede usted perdonarme.

Pues hoy quisiera embriagarme.

PEPITA. Más de esa manera, no.

Nunca turbará mi vista

esa pasión vergonzosa.

Sin embargo, hay una cosa

que embriaga mucho al artista.

No es por cierto esa quietud...

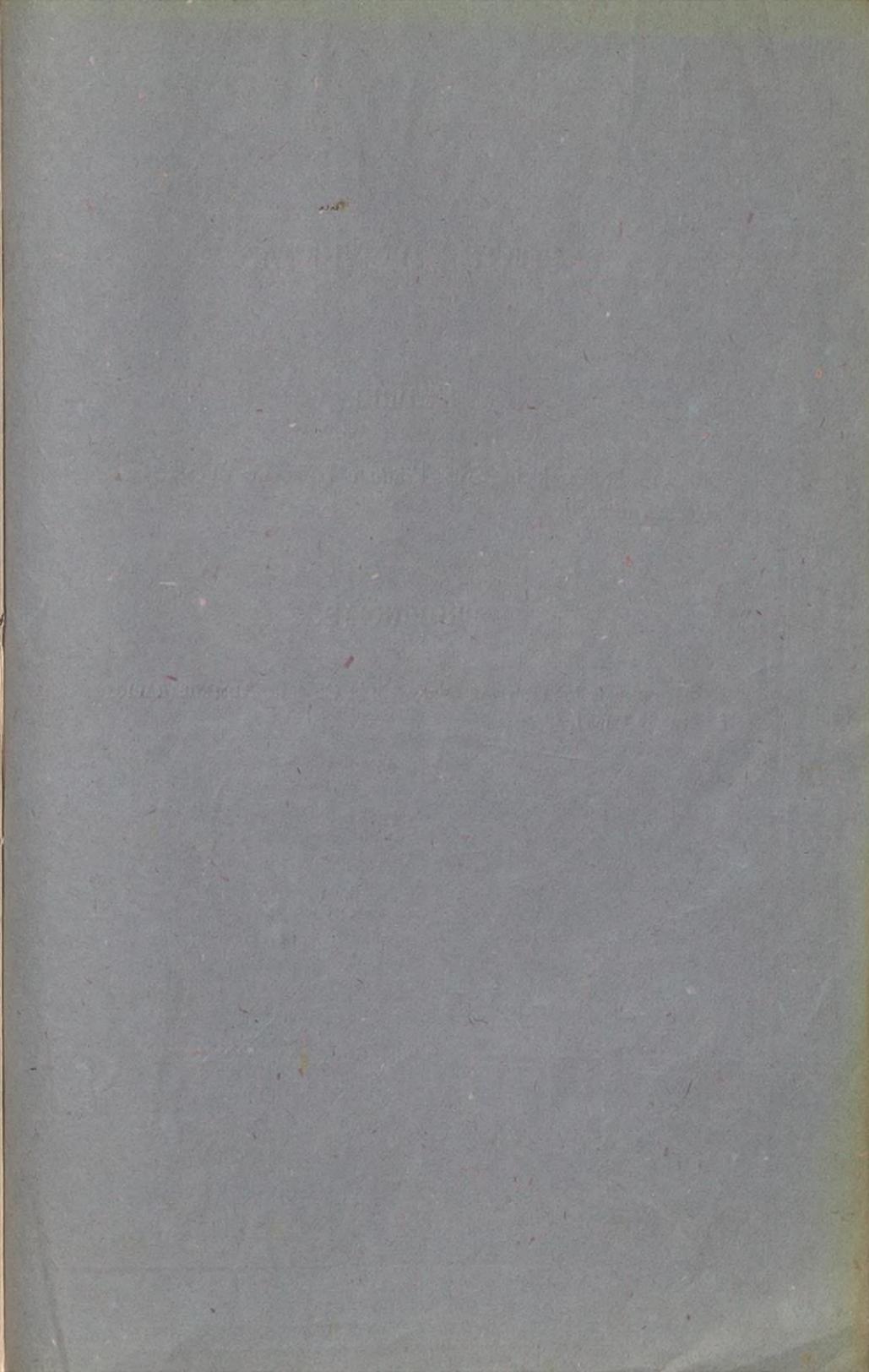
(Señalando al público.)

Otorgad una palmada

y me vereis embriagada

de gozo y de gratitud.

FIN DE LA PIEZA.



PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Galería ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.